

La abdicación de Ricardo Lagos

Marcel Claude (01 julio 2005)

Elegido como progresista, se obsesionó por el éxito económico y abrazó el neoliberalismo, traicionando el propósito de impulsar una modernidad republicana y democrática.

“NO PERSIGO SUEÑOS irreales, sino una utopía posible”, sostuvo el Presidente Lagos en un antiguo discurso, y no pude restarme a recordar los escritos de Albert Camus acerca de las utopías relativas y posibles, como contrapunto de las utopías absolutas que el autor de “El Extranjero” y “La Peste”, derechamente consideraba peligrosas y nocivas. Lo anterior porque para Camus las utopías absolutas derivan del predominio totalitario de la ideología que deshumaniza al hombre y lo torna peligroso, pues lo somete a dogmas inalterables e inmanentes.



Me quedé pensando largo rato si Lagos habría escuchado o leído el discurso de Camus -el año 1948 en Chile- en el que hace referencia a la necesidad de construir una utopía posible como fundamento de la acción política. Mi conclusión fue que el Presidente está lejos de haberse enterado del discurso de Camus y de su distinción entre utopía absoluta y utopía relativa.

PERVERSA GLOBALIZACION

Digo esto porque sus palabras desbordan ideología por todas partes, a pesar

de que Lagos se piense a sí mismo como un hombre pragmático y científicamente inspirado y se le presente como un estadista no ideologizado. Lo más preocupante y peligroso para nosotros los chilenos es que la ideología que lo guía, hace mucho rato que ha mostrado sus límites y su incapacidad de llevarnos a la tierra prometida del progreso y del desarrollo.

No espero hacer en este escrito un recuento de las deficiencias de una ideología que se ha sustentado en la aplicación sistemática de la ciencia y la tecnología, pero baste con señalar que durante el último siglo la humanidad asistió a una de las centurias más criminales de toda la historia, en donde más víctimas encontramos como resultado de la mano eficiente y progresista del hombre. El recuento es largo y doloroso: dos grandes guerras mundiales, el holocausto, el stalinismo, la proliferación de armas nucleares y la consiguiente amenaza de destrucción que se mantuvo por más de 50 años y que aún está latente, Hiroshima y Nagasaki, la desaparición forzada de personas, etcétera.

Obviamente, después de un siglo plagado de sufrimientos y tragedias como las mencionadas, no es posible seguir afirmándose fanáticamente a la fe en el progreso ni a la creencia de que el hombre progresa en un continuo darwinista. No debemos olvidar que las víctimas suman millones y que no son el resultado de guerras religiosas ni de invasiones bárbaras, sino el resultado de las distintas ideologías expertas en cómo alcanzar la sociedad perfecta. Muchas matanzas se han hecho en el nombre de la justicia y de la libertad, es decir, en el nombre de los valores consagrados por la Modernidad y han sido posibles gracias a la aplicación de la ciencia a la tecnología militar.

Si a esto agregamos que tampoco se ha alcanzado la justicia distributiva, ni siquiera en grado menor, por cuanto después de haberse aumentado la productividad económica como nunca antes en la historia de las civilizaciones, hoy la mitad de la humanidad vive con menos de 2 dólares por habitante, mientras sólo un 20% dispone del 80% de los recursos y cerca de 800 millones pasan hambre, lo que según la FAO implica que cada 7 segundos muere un niño víctima de tal flagelo.

Ernesto Sábato nos recuerda que lo más patético de todo esto es que el triunfo del humanismo nos ha heredado una nueva deshumanización que ha convertido al hombre en un nuevo condenado. La famosa globalización no es otra cosa que la apertura de las fronteras al capital financiero para que éste circule por el mundo aprovechando las ventajas comparativas de nuestros pueblos, que no son otra cosa que salarios bajos y el acceso gratuito a abundantes recursos naturales, dejando como fruto del desarrollo la degradación ambiental y la de los hombres, mientras las fronteras se cierran a balazos para los “espaldas mojadas” que intentan buscar salidas a sus condenadas vidas de miseria, intentado ingresar en el territorio de los elegidos.

Globalización es nada más y nada menos que libertad para el capital y

esclavitud para el trabajo, porque una de sus características -según la OIT- es la proliferación de los trabajos indecentes, mal pagados, con horas extraordinarias extenuantes y en condiciones laborales degradantes.

Evidentemente, la Modernidad como proyecto histórico de emancipación atraviesa por una profunda crisis, lo que no obsta para analizar críticamente el alcance de los proyectos políticos del presente, desde la perspectiva de si profundizan la crisis o intentan revertirla.

En este sentido, lo que nos interesa comprender es si Lagos se inscribe o no en esa tendencia histórica que intentara, a partir de la Revolución Francesa, la Reforma, la Revolución Industrial y del desarrollo del pensamiento ilustrado, orientar sus esfuerzos en la construcción de un nuevo orden -la Modernidad- que se sustentara en el principio de la razón articulada con la verdad, la libertad y la justicia. En términos políticos, podríamos decir que ese nuevo orden era la República -en contraposición a la Monarquía- cuya base de sustentación era la democracia política, en donde el poder reside en el pueblo y no en el poder político, militar y económico concentrado en torno al Príncipe y su corte.

Ahora bien, desde que se inicia la lucha por establecer ese orden moderno, el naciente sistema republicano empezó a vivir una tensión entre la Modernidad que se quería construir y la Modernización que se fue verificando. Mientras la primera era una propuesta integral que pretendía ser una etapa superior en la historia humana, vinculando la ética con la estética, la verdad y la razón, la ciencia y el conocimiento, la segunda solamente daba cuenta de los requerimientos de eficiencia, productividad, competitividad y el cálculo instrumental en general.

CHILE , MAS MODERNIZACION QUE MODERNIDAD

Desde mi punto de vista y a partir del análisis de los resultados legislativos, la gestión del actual Presidente, se inscribe mucho más en un proceso de Modernización que de Modernidad. Es muy importante señalar que acá no vale el argumento de que la Modernización primero y luego la Modernidad, como si la primera fuese un paso previo. No. Cuando encaminamos la sociedad por los derroteros de la Modernización, lo que hacemos es distanciarnos crecientemente de la posibilidad de una auténtica sociedad moderna.

La Modernización es una alternativa a la Modernidad y ésta no se construye con la primera. Lo anterior debido a que la Modernización es funcional a la concentración del poder y al desarrollo de una “democracia” privatizada, en donde las decisiones políticas se toman sobre la base de las votaciones en el ámbito del mercado y del poder económico, es decir, sobre la Modernización galopan las nuevas oligarquías que controlan el poder político sobre la base de su poder económico.

Entonces, los procesos de Modernización van en el sentido opuesto a la Modernidad, puesto que tienden a reconstruir un orden social en donde el carácter republicano pierde gravitación y se tienden a reinstalar las formas

aristocráticas que operaban en los tiempos de la Monarquía.

Lo mismo es posible sostener cuando verificamos que el énfasis de las políticas económicas seguidas durante la administración Lagos se ajusta muy bien a las directrices ordenadas desde el Fondo Monetario y las corporaciones multinacionales, es decir, aquellas moldeadas por el neoliberalismo reinante. Esto es interesante, dado que esta aproximación ideológica no es precisamente una reformulación de lo que fuera el liberalismo democrático, según el cual, había una relación estrecha e indisoluble entre la libertad económica, la libertad política y los valores de justicia, igualdad y fraternidad y que no se escandalizaba con las leyes antimonopolios.

El neoliberalismo estableció una nueva indisolubilidad entre la libertad económica y el mercado libre de regulaciones políticamente diseñadas, en donde no caben la justicia ni la libertad política, en donde hay que reducir el tamaño del Estado hasta casi su desaparición, lo que en estricto rigor significa también ordenar la sociedad y la política en torno a “democracias” privadas, en donde las unidades monetarias equivalen a los votos electorales.

Lagos, al imponer políticas económicas estructuradas en torno al Consenso de Washington, no hace sino verificar un proceso de Modernización y se aleja de manera contundente de la sociedad moderna, republicana y políticamente democrática.

EL RETORNO A LA EDAD MEDIA

En algunos círculos intelectuales de hoy, desde hace algún tiempo, ha comenzado a emerger la tesis del advenimiento de una nueva Edad Media. Según Alain Minc, por ejemplo, la Modernidad se construye conjuntamente con el desarrollo del Estado y de la organización social pública. Sin embargo, hoy se estaría verificando el proceso inverso, es decir, la desaparición de la esfera pública que tomó largos siglos en concretarse. Hoy dominan los holdings y los conglomerados financieros como nuevas formas feudales que cada vez más escapan al control público, en el que retornan los conflictos bélicos impulsados por los señores de la guerra, al mismo tiempo que aparecen nuevas pestes mortales como el SIDA y resurge la intolerancia y la pobreza (A.Minc “La Nueva Edad Media, El gran vacío ideológico”, 1993).

En esta misma dirección, Umberto Eco sostiene que una nueva Edad Media ha comenzado, entre otras cosas, por la declinación y desmoronamiento de la Pax Americana -cuyas justificaciones ya no son capaces de ocultar la brutalidad y deshumanización a que ésta ha llegado-, así como también por el carácter accesorio de las instituciones que ha reducido a una ficción el poder central, debido a la actividad de intereses privados que se autogobiernan. A estas características, propias del surgimiento del Medioevo que emergió con posterioridad al fin del Imperio Romano, se suman otras, como el hecho de que la gran ciudad, aunque hoy no se ve invadida por los llamados pueblos bárbaros, sí se ve atacada por los hunos, mongoles y godos de nuevo tipo que emergen desde dentro de la misma ciudad como resultado de la exclusión y que

constituyen un factor de inseguridad y violencia, muy característico de la primera Edad Media.

No es por lo tanto una idea antojadiza decir que el mundo moderno se encuentra atravesado por una tensión muy importante, entre la Modernidad o la Modernización, entre el fortalecimiento de un orden republicano o la reinstalación de formas oligárquicas y aristocráticas de gobierno, entre el fortalecimiento de la esfera pública o la autonomía de los intereses privados. En esta tensión, los gobiernos del mundo occidental tienen la posibilidad de elegir entre rendirse blandamente a las fuerzas dominantes que buscan reinstalar como eje de la acción política las “democracias” privadas o sostener y persistir en el fortalecimiento de la democracia política. Del análisis de las políticas de Lagos, se desprende muy claramente su abdicación a la idea de realizar plenamente un Modernidad republicana y democrática.

Por ello, a pesar de su referencia a las utopías posibles, Lagos está muy lejos de ser un hombre que haya revisado críticamente su tiempo y se haya distanciado de las posturas ideológicas extremas que se afirman en el optimismo tecnológico que ha inflexionado nuestro tiempo hacia la Modernización y no hacia la Modernidad, hacia la desaparición de la esfera pública antes que a su fortalecimiento, es decir, hacia un nuevo orden aristocrático y no republicano.

Lagos no es un continuador de la tradición política de hombres que, como Rousseau, Kant, Voltaire o Diderot y otros, se caracterizaron por pensar y luchar en pos de un orden fundado en la razón, la autonomía y la emancipación de la sociedad humana frente a toda esclavitud. En dirección opuesta, el Presidente Lagos hace gala de una marcada voluntad ideológica obsesionada con el progreso técnico y el crecimiento económico, que hoy todos sabemos está totalmente disociado de los contenidos normativos de la Modernidad (justicia, igualdad y libertad) y que impone independientemente de la crítica pública y de la opinión distante que eventualmente han logrado asumir los parlamentarios de la Concertación. Finalmente, los ha alineado y sometido a sus directrices.

Esto me vuelve a recordar algunos de los escritos de Albert Camus, donde sostiene que los hombres enceguecidos por ideologías absolutistas son aquellos que han perdido la capacidad de entender desde lo humano, son los incorruptibles que, como Robespierre, pertenecen a esa pléyade de hombres a los que no es posible convencer; y, parafraseando a Camus, “un hombre al que no es posible convencer, es un hombre que da miedo”.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”,
CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos
la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos,
información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 